

“¡YO NO SABÍA QUE JESÚS ME AMA!”

Por E. Amerlia Sherrard

Yo no sé cómo se llamaba, pero llamémosla Rosita. Ella vivía en una nipa (chocita) al lado del camino polvoriento, no muy lejos de nuestro hermoso colegio situado en Manila, Filipinas. Era una niña de piel bronceada, de disposición alegre, con ojos chispeantes y una sonrisa muy dulce.

Durante toda la semana jugaba con sus amiguitas y le ayudaba a su madre a cuidar de su hermanito, a lustrar el piso de su choza con bagazo de coco, a preparar las verduras para la comida, y a lavar la ropa al lado de la bomba junto con todas las demás mujeres y niñas de la aldea.

Pero el sábado había algo muy especial que Rosita nunca se perdía. Cada sábado de tarde los estudiantes del colegio venían a un lugar que quedaba cerca de la casa de Rosita, colocaban un franelógrafo, y varias esteras en el piso. ¡Cómo gozaban los niños con los cantos, las ilustraciones y las historias! Rosita siempre se sentaba tan cerca del director como le era posible, y bebía cada palabra como una flor sedienta.

Un sábado cuando los estudiantes quitaron el franelógrafo y las esteras y emprendieron su regreso a la escuela, Rosita los acompañó una parte del camino. Tímidamente se acercó y tomó la mano del director. - ¡Yo no sabía que Jesús me ama! - dijo, mientras caminaba a su lado.

-¿No sabías eso? -preguntó sorprendido el director. Al fin y al cabo Rosita iba a una iglesia bien conocida, y en su hogar tenían un altar y una figura del niño Jesús y de su madre.

-No, yo no sabía que Jesús me ama -repitió Rosita, sacudiendo la cabeza.

El director le sonrió. -Sí, él te ama -le aseguró, y Rosita sonrió y se despidió feliz.

El sábado siguiente los estudiantes volvieron de nuevo con el franelógrafo y las esteras. Nuevamente los niños se reunieron. Pero ¿dónde estaba Rosita? No parecía estar por allí. Entonces los estudiantes notaron otra cosa. Allá en una nipa vieron que había velas encendidas.

-¿Qué pasa? -preguntaron ansiosamente-. ¿Murió alguien? Los rostros infantiles se pusieron serios, y asintieron. -¿Quién? -preguntaron los estudiantes.

-Rosita -respondieron los niños-. La semana pasada se enfermó gravemente y murió.

Las lágrimas llenaron los ojos de los estudiantes. ¡Pobre Rosita! Ese día, cuando regresaban a la escuela, les pareció oír una vocecita que decía: "¡Yo no sabía que Jesús me ama!" ¡Cuánto se alegraban de haberle hablado del amor de Jesús!

Yo sé que un día Rosita va a ver a Jesús. Quizás le dirá: "¡Hasta que oí hablar de ti en la escuela sabática filial, no sabía que tú me amabas!" y luego estoy segura de que correrá para buscar a los estudiantes que le hablaron del amor de Jesús y agradecerles.

Es realmente cierto, niños y niñas, que hay millones y millones de personas que no saben que Jesús las ama. Esperan que tú se lo digas. Algún día muy pronto, cuando Jesús venga, te sorprenderás cuando en el cielo alguien se acerque a ti y te diga: "¡Muchas gracias por haber ayudado a hacérmelo saber! ¡Yo no sabía que Jesús me amaba!"